

CUENTO N° 109

TÍTULO: CARTA DE UN AMIGO

SEUDÓNIMO: LEO

AUTOR: JORGE RICARDO LEÓN SÁNCHEZ

CARTA DE UN AMIGO.

Seudónimo: Leo

El sendero que conduce a la casa del viejo Juan está embellecido por la grandiosa naturaleza. En su recorrido, la sombra de grande árboles y boscosas colinas hacen un paisaje relajante, encantador, más aún cuando empieza a asomar el sol tras las montañas en un grandioso amanecer. Es un fantástico paseo, donde el pintoresco camino en su avance conduce a un viejo puente de madera. Un puente de viejos y fragantes tablones; eterno, lleno de historias e indestructible imagen que da paso, atravesando las claras aguas del estero Paredones. Bajo ese puente encantado se mecen cisnes y variedades de aves acuáticas, creando un paraje eterno, donde el eufórico visitante se pierde entre flores y arbustos antes de llegar a la solitaria casa del viejo Juan.

Juan vive solo con su hija en ese entorno maravilloso, su amada esposa había abandonado este mundo hace ya muchos años, siendo su hija, con su pequeño nieto y su perro regalón los acompañantes en su tranquila vida campestre. Los días, muy cortos para él, los emplea en salir a pescar y seguir arreglando su casa; casi nadie lo conoce, solo el guardabosque y el almacenero ambulante que hacen su trabajo en el sector.

Su historia, en un día normal puede comenzar aquí, otras veces de mejor manera cuando se pierde entre los rincones eternos de sus sueños...

Después de un día muy agitado, cortando el pasto, sacando la basura del jardín,

o cualquier cosa que molestara a su vista, descansaba plácidamente Juan en el porche de su casa. La tranquilidad y el gran silencio reinante, lo confortaban; su hija al ver lo hermoso que había quedado su jardín, seguro que le regalaría para la cena su plato favorito. Mientras saboreaba sus pensamientos, arrellanado en su cómodo sillón, solo deseaba descansar y pensar. El sueño se sentía llegar, como siempre a consumir en esta bendita hora...

–Papá, papá. ¡Te llegó esta carta! –, llegaba apurada, casi corriendo, Rosita.

– ¿Quién será? Vamos, dámela –, Mientras de un salto la cogía, casi quemándole los dedos, veía que el sobre tenía sólo su nombre, nada en el remitente. – Hace bastante tiempo que no recibimos cartas Rosita; ya casi no se usan, pero ésta parece que es muy especial. Con tan pocos datos, esta no debía haber llegado.

–¿Quién la entregó?

–El cartero la dejó a media tarde. Me la entregó porque te conocía, que la devolverías si hay un error domiciliario. Tú, cansado seguramente, no lo sentiste llegar, te quedaste ahí en el sillón dormido. No quise despertarte aún, te pondrías muy nervioso. Quise abrirla para ver quién era pero, me contuve... ya no tienes amigos papá, todos se han ido de tu lado. Muchos han fallecido, la edad se los ha llevado; muchos siguieron otros rumbos. Creo que el cartero ha hecho bien en dejártela, tendrás una oportunidad para pensar en tus amigos.

–Sí, es lo que pienso, en todas partes sucede que cerca de una persona hay varias que llevan el mismo nombre. Aquí frente a nuestra casa está don Juan; un

poco más allá otro Juan. Esperemos un poco, irás tu mañana hija querida, con la carta a preguntarles sus nombres completos, así salimos de la duda.

–Es lo mejor papá, deja la carta a un lado. No tenemos a nadie que nos escriba ni deuda que saldar. Una carta insignificante no va alterar nuestras vidas.

–¿Por qué esto me sucede a mí, donde se fueron mis amigos?... Existirá alguien que se acuerde de mí en alguna parte –. Se quejaba Juan, mirando hacia arriba. Nerviosamente, después de mirar la carta un largo rato, la tomó y la abrió –, ahora veremos si estamos tan solo en este mundo.

–Llegó esta carta a nuestra casa Rosita, como una paloma viajera, nos encontró viajando bajo la estela del destino –, interiormente Juan pensaba que las cartas en su mayoría eran portadoras de malas noticias, que esta ojalá no sea así.

Rosita, muy expectante, ansiosa esperaba, con su mirada fija en la cara de su padre (transformada), a causa de la lectura de la misteriosa carta que tenía ante sus ojos.

–Dios mío. ¡Era Juan! Un amigo de mi juventud. Como no sabía mi paradero, ni teléfono, decía que hace mucho tiempo trataba de ubicarme para saber algo de nuestras sus cosas. Éramos muy amigos Rosita, su hogar era mi segundo refugio, ahí llegaba yo cuando necesitaba hablar con alguien. Ahora, después de tantos años, este granuja aparece. Veamos que dice, ojalá viniera a visitarme.

–Querido amigo Jorge, comenzaba diciendo...

Emocionado Juan, leía, dejándose llevar por sus pensamientos, mirando la lejanía con un suspiro. Los recuerdos lo transportaban a lugares muy gratos para él, llegó a visualizar los momentos especiales al lado de su amigo: su casa, su familia eran sus visitas constantes; los paseos, los interminables malones. Todo lo compartían juntos, eran muy felices.

Pasaron los años y tuvimos que separarnos, desgraciadamente después de terminar nuestros estudios. Él acompañando a sus padres en su trabajo, por el sur del país, y yo cambiando constantemente de domicilio hasta perdernos en el tiempo, la lejanía y el olvido.

Ahora, después de 45 años, me llega repentinamente esta invitación queriendo verme, urgentemente. Mi madre siempre me decía: “Nunca olvides a tus amigos, serán más importantes en la medida en que envejecas” –Qué extraño consejo, pensaba yo. Ahora lo comprendí, pero las cosas pasaron de esta manera y no había forma de haberlo enmendado. Nunca había logrado comunicarme con Juan.

Entonces, repentinamente desperté, el hechizo se había acabado. Era tarde, prendí la luz, todo estaba nublado en mi mente, algo andaba mal y no sabía que era, buscaba algo y no atinaba a encontrarlo. Mi hija me había dejado dormir, tapado con una frazada. Ella estaba ahí ahora, a mi lado, riendo, tratando de descubrir que era lo que tan afanosamente buscaba. En un momento recordé todo –. Hija querida, dame la carta.

–La carta. ¿Qué carta papá? – ¿Tengo yo una carta, eso es lo que buscas?

Seudónimo: Leo

– Rosita, hija querida, sabía que no soñaba. Mi amigo me necesita, lo había encontrado y no lo dejaría escapar. Se encontraba mal, lo presentía. El último párrafo de su carta imaginaria decía: “Yo no pretendo ser el primero o el último en tu lista, me basta que me sigas queriendo como tu amigo.”

–¡Eso era lo que me faltaba! – Gritaba eufórico Juan–¿Para qué son los amigos?

Me despedí de mi hija alegremente, al fin me encontraría con un amigo. Mi amigo.

-----O-----